

**POR LA HIGIENE DEL ALMA.  
LA PASTORAL DE LA LECTURA EN LA IGLESIA CATÓLICA CHILENA A COMIENZOS  
DEL SIGLO XX**

**FOR THE HYGIENE OF THE SOUL  
THE PASTORAL READING IN THE CHILEAN CATHOLIC CHURCH IN THE EARLY  
TWENTIETH CENTURY**

*Manuel Loyola T\**

**Resumen**

En las primeras décadas del siglo XX, la conformación del espacio público lectoral en Chile, movió a la dirigencia de laicos y religiosos católicos a poner en marcha no sólo iniciativas de producción de impresos capaces de rivalizar con los emanados en ámbitos comunicacionales hostiles –tanto de la propia fe, la cultura y la política-, sino, a la vez, a señalar qué, cuánto y cómo debía ser leído por la población, en especial, de la creyente. Con esto, se pretendió dar una especie de complemento de cierre a la estrategia comunicacional de la Buena Prensa, en tanto orientación autorizada del modo cómo los partidarios de la recta fe debían hacer frente a las novedades y amenazas de la época moderna. A base de la consulta de diversas intervenciones escritas de personeros civiles y eclesiásticos de la época, este artículo procura fijar algunos de los tópicos más resaltantes de la citada forma de precaver y dirigir el régimen de lectura considerado adecuado y moral a la conciencia cristiana.

**Palabras clave:** Buena Prensa, Iglesia Católica, Lecturas morales, Censura

**Abstract**

In the first decades of the Twentieth century, the conformation of the reading public space in Chile led the leaders of secular and religious Catholics to launch print production initiatives not only to rival hostile communications emanating from areas such as faith, culture and politics, but, simultaneously, to point out what, how much and how it should be read by the population, especially by the believer part of the society. With this, it was intended to give a kind of complement closing to the communication strategy of the so called "Buena Prensa" (Good Press), and also as an authoritative guidance of how supporters of the true faith should deal with the latest news and threat of modern times. Based on the consultation of various written interventions of civil and ecclesiastical officials at the time, this article attempts to set some of the most relevant topics of the mentioned form of forearm and guide the reading system considered adequate and aligned to the Christian moral conscience.

**Keywords:** Buena Prensa (Good Press), Catholic Church, Moral readings, Censorship.

Recibido: 19/04/2015

Evaluado: 26/06/2015

---

\* Chileno, Doctor en Estudios Americanos, académico e investigador asociado en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, manuel.loyola@usach.cl

## Introducción

Como hiciéramos constar en otro momento<sup>1</sup>, a inicios del siglo XX, y en respuesta a orientaciones vaticanas de alcance universal, la Iglesia Católica chilena puso en marcha el proyecto comunicacional de la Buena Prensa a fin de intentar contrarrestar en el terreno de la manifestación impresa, tendencias que no por ser consideradas ajenas a nuestra realidad (liberalismo, socialismo, modernismo), dejaban de arraigarse en nuestro medio social y cultural, provocando alarma en las élites dirigentes.

Siendo una actuación que buscó rebatir tales "peligros" en diversos ámbitos de la vida social, en lo que tocó a lo emprendido por la Buena Prensa, su ideación tuvo como uno de sus fundamentos la manera proba y edificante de cómo se debía invertir el tiempo y las energías para el buen provecho de las facultades lectorales so pena de arriesgar no sólo la futilidad en el acto lector, sino, por sobre todo, verse perdido en cuerpo y alma si tal hábito era mal empleado. Sin duda, para la opinión católica de entonces involucrada en la disputa del campo comunicacional e ideológico de comienzos del XX, el acceso a la lectura (y alfabetización en general) por parte de individuos que, a la par, podían ejercer cierta libertad de consulta, implicaba un desafío a un concepto de autoridad que cada vez calzaba menos con los mecanismos de la legitimación moderna del mismo.

Pasando revista a varios de los dispositivos discursivos que sancionaron el modo correcto (cristiano) de atender el interés o afán lector que podía hacerse presente entre los creyentes, nos proponemos ahondar aquí en el abanico de apreciaciones y orientaciones que, a juicio de los hombres de Iglesia, debían modelar el régimen lector de los creyentes, tanto para las ocasiones meramente recreativas en la consulta de impresos, como para las más prominentes de la formación moral y la fe.

De un primer acápite donde caracterizamos el tipo de acercamiento cauto, cuando no negativo, que sobre la facultad lectora de masas dan cuenta varias publicaciones católicas adscritas a la Buena Prensa, nos desplazamos luego, a través del caso paradigmático del género de la novela, a especificar los puntos que suscitaban la desconfianza en una lectura sin reglas ni precauciones. Ello nos permite,

---

<sup>1</sup> Manuel Loyola, "La Iglesia Católica de Chile y el proyecto de la Buena Prensa. La experiencia en la Arquidiócesis de Santiago, 1906-1936", *Temas Americanistas*, 32, 2014, pp. 208-246, <http://institucional.us.es/tamericanistas/uploads/DEFINITIVO%20Articulo%20Manuel%20Loyola.pdf>

en tercer lugar, proponer una interpretación donde la representación de la vulnerabilidad psicológica y subjetiva de las personas, habrían justificado la aprehensión católica a la permisividad lectoral, debiéndose, en consecuencia, reglar el hábito, normar los gustos y dirigir las conductas lectoras para morigerar los malos efectos (parte 4). Finalmente, si a pesar de todo la contumacia y la ausencia de precaución se rebelaran insistentes en los gustos dañinos, la censura y la prohibición (parte 5) debían estar siempre alertas y en ejercicio por el bien y la sanidad de las almas. Se cierra esta incursión con algunas conclusiones siempre provisionales.

Con este artículo damos un paso más en una perspectiva de largo aliento que iniciáramos hace un par de años y cuya meta es la de aportar a un campo historiográfico aún de bajo desarrollo en mi país, a saber, la construcción del ámbito comunicacional impreso durante la primera mitad del siglo pasado<sup>2</sup>. Junto a la Iglesia Católica, otros entes emisores serán objeto de nuestra preocupación, buscándose así la proposición de un panorama, sino del todo completo, al menos claramente representativo de lo que fue el mundo editorial chileno de entonces. Sobre esta entrega, finalizamos diciendo que el conjunto de las fuentes consultadas se ubican en el principal repositorio del país: la Biblioteca Nacional de Santiago, así como en los archivos y bibliotecas del Arzobispado de Santiago, y de la Congregación Salesiana chilena.

## 1. Los individuos y las lecturas

¿Quién arrancó del corazón de tantos infelices la religión materna, a la que tanto amaban? ¿Quién no ve que la mala prensa es la más terrible máquina de guerra que ha manejado el infierno?...

Libros para señoras, libros para personas con criterio formado, lecturas para jóvenes, libritos para niños de 6 a 14 años, colección amena, lecturas recreativas, novela edificante, novela rosa, vidas ejemplares,... impresos impíos, obscenos, lecturas pervertidoras, inmorales, páginas lascivas, corruptoras, inconvenientes<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Nos referimos al respaldo que se nos dado mediante el proyecto DICYT 275-031594LT, de la Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Desarrollo de la Universidad de Santiago de Chile

<sup>3</sup> "La mala prensa", *Lecturas Dominicales*, 113, Santiago, 26 agosto 1906, p.3

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Con estas y otras advertencias, la Buena Prensa católica de religiosos y laicos de comienzos del siglo XX, quiso intervenir y orientar las lecturas que podía o debía hacer la población del país, más si ella, en su mayoría, se declaraba de fe católica. Y lo hizo desde una posición de autoridad moral tal que implicó no sólo prescribir lo que era lícito e ilícito leer, sino también, como fundamento de sus indicaciones, exponer las razones que justificaban sus dictámenes.

Presidida por la lógica dicotómica que siempre es muy eficaz a los fines propagandísticos, la opinión confesional, en vistas a pedagogizar su discurso y objetivos sociales respecto de la lectura, confeccionó una clasificación donde los impresos podían ser *buenos*, *malos* o *neutros*. Demás estaría decir que los buenos eran los apegados al magisterio y, los malos, obviamente, los contrarios. Pero esta plantilla, si bien funcional a los efectos de demarcación que se perseguían, por su misma generalidad no dejaba de resultar demasiado simple y hasta inútil cuando se trataba de ser más pulcro o menos al bulto en el señalamiento de las lecturas convenientes al alma del católico. En efecto, si ya con sus exageraciones de libro bueno o malo, el ámbito literario sufría los rigores del moralismo eclesial, con mayor razón la nomenclatura aparecía problemática al momento de tener que precisarse qué era lo que se entendía por escrito neutro, y ello no sólo porque su eventual identificación proviniera de la negación de sus extremos (lo que no era bueno ni malo), sino, por sobre todo, porque lo tenido por neutro correspondía a la parte más amplia y diversa de los productos editoriales de acceso público, es decir, a la prensa de masas.

Desde luego, al no tomarse en cuenta que, al margen de sus intenciones de control sobre las conciencias, en las principales ciudades del país se estaba llevando a cabo la transformación del campo editorial mediante la aparición de actuaciones empresariales que apostaban por la masificación en el consumo de impresos (particularmente de revistas y novelas, además de los cambios que se operaban en la prensa diaria) la insistencia en el sambenito de lo neutral y la incapacidad de abordarlo contextualmente, redundaría en los evidentes síntomas de fracaso de la pastoral del impreso y la lectura en que se empeñó el proyecto de la Buena Prensa.

Fue recurrente entre los publicistas religiosos de la época, echar mano al *desiderátum* del comportamiento lector católico elaborado a comienzos del siglo XX por el clérigo español Antolín López. Nos referimos a su *Credo del lector cristiano*, cuyos preceptos principales se expresaron de la siguiente manera:

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

1. Creo que la lectura es el alimento moral del alma y que las doctrinas hacen a los hombres según el refrán, en todo tiempo conocido: "dime con quién andas – qué lees- y te diré quién eres"
2. Creo que el temperamento intelectual se forma, como el del cuerpo, según los alimentos que se toman
3. Creo que es imposible al más fuerte carácter, resistir siempre a la misma lectura. Siempre lo que frecuentamos acaba por ganarnos para sí
4. Creo que el mal libro es un amigo corrompido y corrupto
5. Creo que las malas lecturas son tan perniciosas para las almas como el veneno para los cuerpos
6. Creo que la lectura de las novelas despoja de gravedad el carácter, de seriedad la vida, de pureza el corazón, y de fuerza la voluntad
7. Creo que muchos se forjan ilusiones acerca de las lecturas que hacen o permiten
8. Creo que los que permiten, favorecen, imponen, o aconsejan lecturas frívolas, asumen, en presencia de Dios, una tremenda responsabilidad
9. Creo que, en el momento de la muerte, muchas ilusiones se disiparán demasiado tarde, y con detrimento de muchas almas
10. Creo que si todas las almas perdidas por malas lecturas nos aparecieran, quedaríamos atónitos por su grande número
11. Creo que si los libros hablasen, nos revelarían cosas espantosas acerca del apostolado de perversión que han ejercido sobre las almas
12. Creo que un cristiano no debe leer malos libros; que comprándolos malgasta su dinero; que leyéndolos pierde su tiempo, su inteligencia y su alma y que, si tiene alguno, su deber es arrojarlo al fuego
13. Creo todo esto en nombre del buen sentido, de la experiencia y de la fe<sup>4</sup>

En atención a este verdadero frontispicio del deber ser del lector católico, se esgrimirían un conjunto de argumentos acerca de lo que se debía consultar, cuánto se debía consultar y de qué modo había que hacerlo, todo en aras de la perfección de la inteligencia, el cuidado del alma, el alejamiento o represión de las pasiones indebidas, la educación en todas las edades y sexo y, por cierto, la disposición a la obediencia y la salvación. A la base de estas expresiones, como se podrá observar, tanto en su diagnóstico como en sus prescripciones, subyació una analítica del hombre y de la época signada por la corruptibilidad del primero, la impiedad de la segunda.

<sup>4</sup> Antolín López Peláez, *Nuevo viaje por mis aposentos*, G. Gili, Barcelona, 1905, p.34. Una versión comentada del mismo está en *La Estrella de Andacollo*, 96, Santiago, 16 abril 1910, p.268. El credo también se halla en *El Eco de Lourdes*, 75, Santiago, agosto de 1907, p. 501

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Las relaciones entre el individuo y las lecturas importaban influencias aún más poderosas que las que se podían dar entre las personas: a diferencia de estas, con mayor posibilidad de ser biunívocas, la primera sólo era activa en el caso del escrito, sometiendo a su antojo al lector o lectora si estos no llegaban a ser capaces de contrarrestar sus influjos de imaginación con claros gestos de su voluntad, en los casos que se requiriera. Ciertamente que esta mecánica, siendo válida de modo universal, tenía consecuencias positivas únicamente si lo leído pertenecía a las páginas de la literatura sublime, moral y verdadera asentada en la moral católica. De no ser así –y, en la época moderna esto no se daba en la inmensa mayoría de las situaciones-, se requería que la ingente masa de lectores, cristianos los más, evitaran todo contacto con textos que podían trastornar su ánimo; y en caso que por gusto, hábito o profesión, aún sin proponérselo, merodearan por aquellos peligros, debían demandar la guía y consejo de algún entendido que los pusiera a salvo de tales riesgos:

Las malas relaciones mucho influjo tiene sobre el alma. Grandes son los atractivos de la música. Los biógrafos y los teatros tienen pésima influencia sobre la imaginación. Todo aquello es indiscutible. Y bien, la novela reúne todos estos atractivos tentadores (...) seductor en su lenguaje, encantadora es su música, sus escenas sensuales seducen, cautivan a las almas, sus historias gustan al espíritu, conmueven el corazón. Varias especies tiene esa invención diabólica. Hay novelas antirreligiosas (al leerlas uno pierde su religión), anti-familiares (hacen padres malos, pésimas madres, los esposos olvidan sus deberes), antisociales (forman a los revolucionarios, a los huelguistas, fomentan rebeliones contra las autoridades), otras son puramente inmorales (predican el vicio, divinizan las pasiones)... En conclusión: no hay que leer malas novelas; no hay que comprar malas novelas; no hay que vender malas novelas; hay que quemar las malas novelas; hay que luchar contra todas las malas novelas.<sup>5</sup>

En páginas posteriores, y en tono catequético, este mismo Boletín señalaba:

¿Qué tribunal es el competente para calificar los escritos de buenos o malos? La Iglesia Católica, única depositaria de la verdad, es la encargada de conservarla y defenderla ¿De dónde tiene estas atribuciones? Su divino fundador la dotó de cuantas necesitaba para proteger la verdad y defenderla. ¿Qué dijo Jesucristo a los Apóstoles y, en ellos, a sus sucesores? *Id, enseñad* –

<sup>5</sup>. "Las Novelas", *Boletín de la Buena Prensa*, 12, noviembre 1916, p.9

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

*El que os oye, a mí me oye; el que os desprecia, a mí me desprecia.* Y San Pablo encarga que se corrija, se reprenda con toda paciencia y doctrina<sup>6</sup>

Ramiro, "orientador bibliográfico" del Boletín de la Sociedad de la Buena Prensa, recordando a San Agustín, señalaba a sus lectores que el mal libro enseñaba al hombre a ver el mal sin horror, a hablar de él sin pudor, y a cometerlo sin avergonzarse. El alma del lector –sancionaba– se va empapando poco a poco en las ideas del autor y, más tarde, las pone en práctica sin ningún reparo ni remordimiento.

Enseguida, trayendo a colación una de las tantas frases satíricas del francés Alfonso Karr, remataba:

*¿Sabéis cuántas cabezas ha trastornado la Nueva Eloysa? ¿Cuántas necedades ha causado el Werther de Goethe? Desde madama Sand las demandas de divorcio, que antes eran escándalos raros, han aumentado en una tercera parte (...) Balmes dice: en las lecturas deben cuidarse dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien, leerlos con atención, para que lo bueno que contengan pueda aprovechar<sup>7</sup>*

Los libros, para este comentarista, eran siempre el principio de todo bien, como, así mismo, de todo el mal de que se podía ser víctima. El lector asiduo del buen libro podía "hablar" con todos los grandes hombres que habían honrado al mundo, y esto porque "todos los hombres grandes se han formado leyendo a otros hombres grandes, es decir, empapándose en la lectura de libros escritos por hombres eminentes (...)"<sup>8</sup>

Volviéndose luego a la crítica de su momento, las emprendía contra "la erudición a la moderna", aquella que, a su juicio, se lanzaba a la lectura de toda clase de libros creyéndose capaz para discernir entre una lectura buena y otra contraria a ella y que, por fin, "termina por devorar con el mismo gusto lo bueno y lo malo, envenenando así sus almas". "Pero así son las cosas", sostenía con resignación. Este amor a la novedad, concluía, estaba arrastrando al mundo a lamentables extravíos, y "por aquello de probar todos los manjares", no se excluían ni siquiera los que, a ciencia cierta, contenían "gérmenes de muerte". De donde resultaba que, a fuerza de leer cuanto nuevo se escribía, en

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 16

<sup>7</sup> "Las Lecturas", *Boletín de la Sociedad de la Buena Prensa*, 37 y 38, Santiago, Agosto-septiembre 1919, pp. 18-22

<sup>8</sup> *Ibidem*

no pocas almas se estaba produciendo una "mescolanza repugnante" de prácticas católicas con prácticas espiritistas, de ciencias cristianas con inquietudes teosofistas, y esto sin temor ni duda a que, de aquel cúmulo de ideas contradictorias, podían resultar efectos catastróficos<sup>9</sup>.

La apreciación sobre los potenciales daños que podía producir la lectura, más si ella era "mala", predominó durante todo el período que contempla esta investigación. Así, por ejemplo, de 1932, podemos leer:

¿Quién puede poner en duda la influencia perniciosa de las novelas en general? Exaltan la imaginación, muchas veces hasta la demencia: y podría afirmarse que la mayor parte de las situaciones dolorosas de la vida, en que naufraga el honor, la razón y la conciencia, llenando de luto los hogares, han tenido su origen en la lectura de esas novelas criminales, de que se hace un comercio oculto e infame, y que los y las jóvenes incautos leen, a hurtadillas, en los hogares y en los colegios<sup>10</sup>

## 2. Los desvaríos de la novela

Si había un género que, por antonomasia, encarnaba la mala lectura y sus funestas consecuencias, este no era otro que el de la novela, tanto de la contemporánea (comienzos del XX), como de su predecesora, la del romanticismo decimonónico.

Esta última, por su exaltación del misterio y de los elementos fantasiosos e irracionales del espíritu, y al emparentarse, a la vez, con las posturas revolucionarias y anti-monarquistas de la política europea de fines del XVIII y buena parte del XIX, no podían sino provocar el escándalo y el rechazo de su halo estético por parte de los sectores tradicionalistas.

Inmersos, como estaban, en ideas que pretendían hacer del arte la pura manifestación de lo sacro y de su vínculo religioso con los hombres, los publicistas de la Buena Prensa no estuvieron en condiciones de ponderar el subjetivismo plasmado en esta literatura de un modo distinto que no fuera

---

<sup>9</sup> La apreciación sobre los potenciales daños que podía producir la lectura, más si ella era "mala", predominó durante todo el período que contempla esta investigación. Así, por ejemplo, de 1932, podemos leer: "¿Quién puede poner en duda la influencia perniciosa de las novelas en general? Exaltan la imaginación, muchas veces hasta la demencia: y podría afirmarse que la mayor parte de las situaciones dolorosas de la vida, en que naufraga el honor, la razón y la conciencia, llenando de luto los hogares, han tenido su origen en la lectura de esas novelas criminales, de que se hace un comercio oculto e infame, y que los y las jóvenes incautos leen, a hurtadillas, en los hogares y en los colegios" "Sobre la lectura. Su influencia", en *El mensajero del Santísimo Sacramento*, 5, Santiago, mayo 1932, p. 145

<sup>10</sup> "Sobre la lectura. Su influencia", en *El mensajero del Santísimo Sacramento*, 5, Santiago, mayo 1932, p. 145

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

sólo la expresión de horror. Esto, unido al reduccionismo psicologista que emplearon (y del que luego hablaremos) para enfrentar las novedades que acaecían en el campo literario y de la comunicación social de comienzos del XX, los llevó al encierro en tautologías antinómicas como las que hemos descrito.

El libro mal escrito, si bien podía "pervertir el gusto" –por lo cual ya era malo- no excedía de ello en sus efectos; sin embargo, si el libelo contenía "malas ideas", ahí sí se estaba en presencia de lo peor. Entre ambos –y he aquí lo retorcido del argumento- cabía un "mal intermedio", el representado por los productos de una "prensa neutra" que, no conteniendo, necesariamente, malas ideas, potencialmente podía conducir a lo enteramente perjudicial: sus impresos y lecturas, al deteriorar la voluntad y la sensibilidad, colocaban al individuo en el umbral del quiebre de la fe y las buenas costumbres. En esta condición de ser puente hacia el descabro, se encontraban las novelas; no todas, obviamente, sino muy en particular las hechas bajo el influjo del romanticismo.

El romanticismo había falseado el "verdadero concepto de la vida"<sup>11</sup>. El héroe romántico, llevado por sus impulsos y pasiones, se enfrentaba a la moral y el correcto orden social condenándose, por mano propia, a callejones sin salida: el suicidio o a la muerte por tisis de él o su heroína, consumaban tal impostura. De esta suerte, el escándalo residía en que la novela romántica pretendía hacer girar el mundo en torno al "pequeñito yo" del egoísmo y el descreimiento. Ahora bien, esto, bebido por un/a joven de criterio en gestación, indefectiblemente provocaría en ellos el deseo de organizar su vida al estilo de estos personajes, persuadidos de que al corazón no se le debían poner trabas, cuando en realidad, estas pasiones, o no tenían derecho a existir o, y si las hubiera, debían ser reprimidas, en caso que se opusieran a la ley divina. La contumacia en tales lecturas y sus imaginaciones, haría sobrevenir el desdén por las preocupaciones de la vida normal y cotidiana de cualquier persona, en especial, de sus obligaciones para con Dios, la familia y la patria. En fin, con su lectura sólo se lograría enervar y deprimir las únicas facultades que labraban el destino de cualquiera, esto es, la voluntad y el carácter.

Pero el pecado del romanticismo, si bien abominable, no se compararía con el de la novela más reciente, la contemporánea<sup>12</sup>. Al pretender "pintarnos el mundo y la vida tales como son, del modo más

<sup>11</sup> "La lectura. La novela inmoral", en *El Primer Viernes*, Santiago, diciembre 1926, pp. 339-346

<sup>12</sup> De hecho, al revisarse los títulos de novelas y autores que ofrecía o publicitaba la Buena Prensa por medio de sus librerías (Federación de Obras Católicas o Splendor, por ejemplo), se advierte la presencia de producciones románticas y tardo-

concreto posible, llegando hasta la prolijidad del detalle y sin detenerse ante la descripción minuciosa de lo reforme o repulsivo"<sup>13</sup>, arrojaba al mundo una "literatura peligrosísima". Constituidos, como estamos, de una sensibilidad que nos llevaba, "naturalmente, a imitar, y a realizar todo aquello que es objeto de nuestro conocimiento y de nuestra visión", mientras más íntimamente afectamos nuestra interioridad, "más vehemente es nuestro impulso instintivo a pretender reproducirlo".

### 3. Lectura y subjetividad

Los difusores del mal sabían de ello. Conocían de la precaria subjetividad del hombre moderno, aprovechándose, en consecuencia, de tal estado de cosas para materializar sus perversos fines: la ganancia económica, la destrucción del orden, el debilitamiento de la fe y la Iglesia. Así, por ejemplo, en Europa y América, editorializaba el *Boletín de la Buena Prensa*, en diferentes torneos y congresos, se ha planteado la necesidad de generar literatura para el pueblo. Entre esta, ha cobrado fuerza la revista ilustrada, páginas de fácil digestión que produce buenas ganancias.

Lo grave es que los sectarios, conocedores del partido que puede sacarse de las publicaciones periódicas dedicadas a la niñez y a la adolescencia, las editan en gran número, traficando con la sencillez y la credulidad, obteniendo un gran negocio. Al deseo de perder las almas, se les junta el de ganar dinero, en lo cual les ayuda una nube de propagandistas y de comerciantes<sup>14</sup>.

En Francia, afirmaba el editorial, sobre todo las logias, estaban realizando una verdadera corrupción de menores, colocando en mano de los chicos, a precios inverosímiles por lo barato, diversas publicaciones ilustradas que eran verdaderos "lazos tendidos a la fe y a la honestidad". Se trataba, al decir del *Boletín*, "de periódicos de factura elegante y atractiva con los que se busca infiltrar en sus tiernos ánimos, el tósigo de la inmoralidad y del escepticismo". Y concluía, "la literatura infantil no mata menos almas que la escuela sin Dios"<sup>15</sup>

---

románticas, en especial en los relatos de W. Scott o la poesía de G. A. Becker. Otro tanto ocurrirá más tarde, con la promoción de literatura de ciencia ficción. Ciertamente que tener que emprender iniciativas comerciales a un público abierto, hacía alojar las reconveniencias doctrinarias.

<sup>13</sup> *Ibidem*

<sup>14</sup> "Las revistas ilustradas", *Boletín de la Buena Prensa*, 16, Santiago, mayo 1917, p. 5

<sup>15</sup> *Ibidem*

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Algunos meses después, el *Boletín* las emprendía otra vez contra las revistas ilustradas dirigidas al público joven. Individualizaba su postura en contra de la revista *Monos y Monadas*, publicada en Valparaíso y conocida también en la capital. Acusándola de "pornográfica", señalaba:

Circula por allí una revisteja atrevida, *Monos y monadas* que tiene por principal objeto el mantener vivo en nuestra sociedad ese alto ideal de moralidad: la pornografía. Sus editores inventan cada día nuevos medios para que aquello se venda y se propague entre la juventud, amparados bajo la tutela de la mansa y maternal autoridad. Y consiguen su objeto, pues el tal papelucho lo hemos visto en manos de obreros, de estudiantes y, aún, de doncellas, que no se ruborizan de manejar esas armas de corrupción<sup>16</sup>

Así como la prensa impía degeneraba las costumbres, la revista inmoral gráfica comerciaba con la "pornografía". Ella tenía una ventaja sobre otras: los grabados atraían más los sentidos, fijaban por más tiempo las impresiones y aumentaban en alto grado "el incentivo de la lujuria". Sus mentores eran peores que cualquier criminal. El ladrón u homicida actuaba muchas veces con su razón nublada, en cambio, "el sucio especulador piensa, medita y con diabólica lucidez tiende su asqueroso artículo para atrapar inocentes". El delincuente común podía herir el cuerpo, pero este otro destruía el alma, arrojando "el germen corruptor al corazón hasta inficionar todo el ser. Muy pronto los inficionados forman legión y la revista se vende y se propaga que es un contento".

Si bien la curiosidad, el afán de imitación y la tendencia juvenil a desobedecer a sus padres y mayores eran –según los redactores de la Buena Prensa- constantes que habían acompañado a la humanidad desde épocas muy remotas, con la vida moderna -y su prurito de esparcir a los cuatro vientos su malsana burla de toda autoridad-, estas debilidades habían adquirido una fuerza abismante, trastrocando el correcto sentido de las cosas en direcciones igualmente perjudiciales: de una parte, la molicie, los vicios y la falta de carácter se multiplicaban especialmente entre los sectores más eminentes de la sociedad, mientras que, de otra, se inflamaban los enconos y rivalidades de los grupos menos afortunados. De esta suerte, situaciones que hasta no hace mucho eran realidades ajenas a nuestra tierra, resultaban ahora "pan de cada día" entre los chilenos (desórdenes callejeros, atentados contra la propiedad y la vida, suicidios, aumento de la criminalidad, desmoralización o la proclamación

<sup>16</sup> "La Prensa Escolar", *Boletín de la Buena Prensa*, 12, noviembre 1917, pp. 5-6

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

de vanguardias irracionalistas en materias de creación y arte), como resultado del arribo y profusa circulación del escrito malo, la mala novela o el pasquín irreverente<sup>17</sup>.

Hace quince años –exponía un editorialista de *Lecturas Dominicales*- sólo conocíamos el anarquismo por las noticias que nos llegaban de Europa; lo mirábamos como una plaga de países extraños, no nos llenaba de terror. Empezaron a circular en Chile las obras de los defensores del anarquismo y, por primera vez, vimos en esta nación joven que es nuestra patria, hombres que públicamente se proclamaron anarquistas. Es la literatura revolucionaria la que nos ha traído el atentado terrorista. Las declaraciones de Plaza Olmedo son una prueba: él ha dicho que bebió las ideas ácratas en las obras de Kropotkine, de Bakounine, de Nietzsche, etc<sup>18</sup>.

Proponiendo una explicación más refinada como causa de los daños que encerraban las “malas lecturas de revistas, libros y otros impresos”, el sacerdote Pedro Pérez, ss.cc, recurre a la aplicación del “principio científico del efecto motor de las imágenes, o sea, que toda idea inclina al acto de que es representación”.

En torno a su versión de tal premisa –manifestación, según él, de la más moderna “psicología católica”<sup>19</sup>- adosará varias implicancias en virtud de las cuales se justificaban plenamente el rechazo a las tendencias subjetivistas en el terreno del arte y del pensamiento, el control y censura sobre tales productos, así como el reforzamiento de los roles sociales tutelares que debían ejercitar los padres, los grupos de la elite, la Iglesia y el Estado.

<sup>17</sup> “A dónde conduce la mala prensa, en *Lecturas Dominicales*, 412, Santiago, 23 junio 1912, p.2

“Hace algunos años que el criminal Cottin agredió a Clemenceau. Era Cottin, antes, hombre honrado y de buenas costumbres ¿Cómo sufrió tan radical transformación? Ante el capitán Bouchardon, encargado del proceso, respondió que decidió su ataque producto de sus pensamientos y lecturas. En efecto, entre los objetos incautados a Cottin había una maleta llena de libros entre los que figuraban obras de Kropotkine, Prudhon, Renan, Mirbeau, Faure, Potthier, Dumas y otros, a cual más escandaloso e inmoral, sin contar la infinidad de periódicos de esta índole. Está, pues, averiguado, por confesión del mismo Cottin, que la lectura de esta clase de libros y periódicos habían hecho de él un criminal”, “Las malas lecturas”, en *La Acción*, 115, Santiago, 23 julio 1922, p. 1

<sup>18</sup> “A dónde conduce la mala prensa, en *Lecturas Dominicales*, 412, Santiago, 23 junio 1912, p.2

<sup>19</sup> Su aserto es absoluto, pues para Pérez, fuera del catolicismo, no podía haber más ciencia psicológica. No obstante, de nuestra parte, podemos convenir que el horizonte moral previsto por el catolicismo dispone aún de capacidad de incidencia para el campo de la psicología –disciplina en constante entredicho respecto de sus bases teórico-epistémicas- es claro que ello dista bastante del representacionismo conductual que pone en juego aquí este religioso. Por cierto que el mismo, por la época en que es expuesto, está afectado de un mecanicismo en desuso al suponer como válido la existencia de “principios causales”, concepto muy propio del positivismo científico decimonónico. Pero advirtamos que, no por cuestionado, el recurso no deja todavía de aparecer constantemente entre historiadores y demás científicos sociales.

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

En el campo lector, el principio del efecto motor de las imágenes y sus perniciosas consecuencias, lo graficaba del siguiente modo:

Se han visto niños que han sentido vehementes impulsos de asesinar a alguien después de haber leído algún libro de crímenes celebres. Es sabido que la lectura del *Werther* desencadenó, en su tiempo, una verdadera epidemia de suicidios, *porque la idea inclina al acto*. ¿Y qué no pasará cuando la sugestión involucra una pasión mucho más cálida, como es la sensualidad? Al leer una escena voluptuosa nuestro organismo entero vibra al diapason de las impresiones que va almacenando nuestro cerebro. En el temperamento más frío, la sensualidad es, en el mejor de los casos, como una fiera que duerme y, en la conservación de la virtud de la pureza, acaso las tres cuartas partes del trabajo consiste en hacer el silencio alrededor de esa fiera, para que no despierte; cuando vosotros leéis cosas excitantes, no hacéis sino darle pinchazos ¿Y habrá después quien venga a decirnos que para él, semejantes lecturas no le hacen nada, que no hay razón para prohibirlas?

Respecto a los que sostienen que al artista debe atender únicamente a su inspiración y puede ejecutar su obra con entera prescindencia de la moral, esos o son unos cándidos que jamás se han percatado de los efectos del pecado original en el hombre, o son unos perfectos amoraes, que no conocen más norma de conducta que la salud y el placer.

Las impresiones peligrosas quedan alojadas en nuestro cerebro con vida latente en ese mundo que llaman hoy de la subconsciencia, prontas a irrumpir en la conciencia y empujarnos al pecado con una fuerza que no sospechábamos, en un momento oportuno.

Para que un libro sea inmoral no basta que en él se consignen pecados; lo principal es que advirtamos cómo el autor nos hace la descripción complaciente y minuciosa de escenas sensuales en vez de dar a entender simplemente la acción ilícita en dos rasgos, y seguir adelante. Como la idea inclina al acto en proporción directa a la cantidad de elementos concretos y sensibles que contenga, la simple enunciación puede no ser inmoral, pero sí su descripción<sup>20</sup>.

El "principio psicológico", más allá de la condena que señalaba para determinadas lecturas, tenía también aplicación para otras "artes imaginistas", como eran el teatro y el cine que, cuando menos, en niños y jóvenes, "acarrearán una funesta anticipación del erotismo". Como corolario de la descripción,

<sup>20</sup> "La lectura y la cultura", en *El primer viernes*, Santiago, 5 julio 1918, pp. 399-412

el articulista exponía sus motivos para temer que la “sociedad que tal tolera, está en un proceso de disolución, semejante al que precedió a la caída del Imperio Romano. La savia cristina que circula en nuestro tronco puede salvarnos todavía”.

“Uno de los deberes de mayor responsabilidad de los padres –comunicaba *El Mensajero del Rosario*- es el de las lecturas. Las novelas incendian el corazón y apagan los sentimientos de los jóvenes”. El llamado lo hacía a propósito de los resguardos que había que tomar ante el “desbordamiento escandaloso de pornografía” que existía en las calles de la capital:

los kioskos –agregaba- ostentan descaradamente toda la licencia grosera de sus periódicos y de sus folletos. El diario anticlerical se ve en muchas manos, el periódico socialista es buscado por el obrero, el semanario se suceso es saboreado con insana naturalidad por todos.

En cada rincón de la calle, en los cafés, en las estaciones, en los comercios, la mala prensa iba “destilando su ponzoña”. Ante esa invasión desenfrenada de la letra impresa ¿qué hacer?, se interrogaba la nota. Dirigiéndose expresamente a la mujer creyente, indicaba que cada cristiana hiciera lo suyo en su respectiva esfera de acción. Lo primero, no había que perder la oportunidad para dar a conocer el desagrado, su disgusto “siempre que vea al enemigo”; así dará a conocer a los demás dónde y qué tipo de impresos se estaban vendiendo. Igual de necesario era que denunciara a la autoridad edilicia o a la intendencia el tráfico en cuestión, de modo que procedieran a la incautación y la multa. También, como parte del “boycoteo”, los católicos conscientes debían evitar comprar cualquier artículo de uso diario en aquellos despachos y comercios que ofrecieran tales “venenos”. Por último, se recordaba a los que realmente querían defender a su Iglesia y su fe, los constantes pedidos que realizaban los pastores para ir en apoyo de la Buena Prensa, solicitudes que contemplaban no suscribirse ni comprar prensa impía; no colocar en ella anuncios publicitarios; contribuir sólo con la prensa genuinamente católica. Con estas medidas, se debía restar a los impresos inmorales “todos los recursos de su ganancia, sus lectores y su influencia”<sup>21</sup>

#### 4. ¿Qué leer y cómo leer?

<sup>21</sup> “El boycoteo necesario. Acción de la mujer contra la mala prensa fuera de su hogar”, en *El Mensajero del Rosario*, Santiago, 1 de Octubre 1921, p.8

Como lo mencionáramos antes, a la par con las advertencias y demostración de los severos daños que se podían padecer como resultado de la exposición a las malas lecturas, la necesidad de dejarse guiar por alguna voz experimentada y sabia, constituía tal vez si el modo más certero de hacer de la lectura "un arte excelso", es decir, uno de los modos más eficientes para lograr la beatitud.

"Hoy se publica mucho pero se lee poco, y lo poco que se lee, es malo", se aseguraba una nota del *Eco de Lourdes*. Como prácticamente nadie leía "seriamente", y como los impresos influían en las personas, si ellas se aficionaban sólo a sandeces, "su personalidad es inconstante, débil, sin firmeza". En general, se culminaba, "la gente actual es así, los tiempos modernos han producido personalidades fútiles, precarias que sólo gustan del placer momento y malgastan su tiempo en nimiedades"<sup>22</sup>.

Entre las personas que con más propensión estaban sujetas al desquiciamiento de las costumbres a raíz de la fatuidad de muchas de las lecturas en circulación, las mujeres -además de lo ya señalado sobre los niños- conformaban objeto de atención particular para cubrirlas de cuidados y prevenciones.

"Si la persona poco escrupulosa en achaques de lecturas es mujer, se comprende que le será en extremo difícil librarse de las redes del escepticismo y de la impiedad", rotulaba N.N. en *La Estrella de Chile*, órgano del Patronato Santa Filomena. Y continuaba:

La imaginación femenina, la exuberancia de su sentimiento, la falta de hábitos en estudios filosóficos, su natural debilidad intelectual y su relativa facilidad para dejarse sugestionar por opiniones ajenas, todo esto hace que carezca de armas para defenderse contra el sofisma; y si a estos defectos genéricos el lector imprudente agrega el ser dominado por la tiranía de una alguna pasioncilla, como el orgullo intelectual o el amor por algún autor incrédulo, ya nos explicaremos la pérdida de la fe en muchos espíritus débiles o ignorantes<sup>23</sup>

La "higiene del alma" implicaba un método, un procedimiento que, por lo corriente, comenzaba por apelar a un símil fisiológico del efecto de los alimentos para el organismo humano. Así como la

<sup>22</sup> "La lectura", en *El Eco de Lourdes*, 18, julio 1917, p. 15

<sup>23</sup> "Las lecturas", *La Estrella de Chile*, 7, julio 1907, p. 292-293

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

salud y el vigor del cuerpo requerían de nutrientes sanos y ricos en proteínas, así también la sanidad del alma demandaba de elementos nobles y sustanciosos. La lectura, siendo en teoría un manantial de beneficios, poseía en su mesa mucho de carroña y alternativas dulzonas que, consumidas en exceso y sin equilibrio, como estaba ocurriendo entre la mayor parte de las personas, estaba destruyendo la tradición y la cultura. De esta forma, la primera prevención a tener en cuenta correspondía a no aceptar ningún alimento intelectual que no fuera perfectamente sano. Toda mala alimentación o veneno, fatalmente produciría sus efectos en el organismo, se tuviera o no conciencia de ello. Dicho así, la lectura de autores modernos, era un banquete cargado de manjares y de excitantes licores de toda clase, en su mayoría superfluos. ¿Cuáles, entonces, debían ser los criterios para conocer lo bueno y distinguirlo de su contrario, en materia de lectura?

Primero, respecto de la cantidad, era preferible leer poco, aunque de calidad. Leer mucho y de todo, era propio de los espíritus vacíos, de los que el tedio los llevaba a picar en cuanto libro pillaran con tal de matar el tiempo. No deteniéndose nunca en lo leído, sus opiniones correspondían a las del último autor leído, pues las del penúltimo, ya las habían olvidado. Para este tipo de lectores/as, la "novela apasionante" era su tirano, Así, poco a poco perdían su voluntad, anulando su carácter. Para evitar este "vicio intelectual", aparte de leer menos, se imponía, como segundo criterio, regular el tiempo dedicado a la lectura, fijando un tiempo determinado para ella. Una vez concluido este período –no más de dos horas diarias- se debía respetar de modo inflexible. Transgredir lo convenido, arrastraría al lector al quiebre de su vida moral, quedando inerme frente a la arbitrariedad, al capricho y a la seducción del momento (Pablo González R. SSCC)

En tercer lugar, la lectura debía procurar ser "provechosa", "sacar algo de la lectura", de modo que eduque las facultades y depure los gustos. Para ello, se debía leer de manera reflexiva, con atención y lentitud, para apreciar el fondo y la forma. Esto sí que era leer, y sólo leyendo de ese modo se llegaría a enriquecer o formar el juicio propio. Luego (cuarto criterio), para coronar el provecho, la lectura debía "asimilarse", paso que obligaba al lector a resaltar, escribir y resumir todas aquellas partes del texto que lo hubiesen cautivado o hallara sumamente valiosas. El posterior repaso de estas marcaciones, daría a él "la verdadera vendimia del saber y la belleza". Esto en cuanto al procedimiento. Veamos ahora lo tocante a qué se debía leer.

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

El "experto y sabio conocedor" recomendaba eludir de inmediato, por inútiles, "las novelas, folletines y revistas con historias insulsas y vulgares", que solo hacían perder el tiempo a la juventud. Entre los novelistas de ideas sanas, se debía escoger a los de verdadero mérito, por sus pensamientos y estilo. Además, la lectura puramente recreativa debía alternarse con la "instructiva" para no convertirnos en unos "eternos superficiales".

Aparte de "buena" e "instructiva", la lectura también debía ser "oportuna", es decir, debía hacerse en orden a la edad, sexo e intereses del lector. Sólo así ella sería provechosa y útil:

No podemos aceptar la lectura del primer libro que cae en nuestras manos, únicamente porque tenemos la posibilidad material de hacerlo: si no observamos la conveniente coherencia de nuestras lecturas, tendremos la más lamentable incoherencia en nuestras ideas y en nuestros principios, en vez de una síntesis vigorosa y dinámica, apta para acrecentarse con elementos y para rechazar los elementos inasimilables. ¿Por qué vemos tantos católicos que profesan ideas anticatólicas? Porque en su cabeza hay el desorden de los principios, falta la coherencia (...) Es de suma imprudencia y temeridad adentrarse en el laberinto de los autores y los libros sin una guía que nos conduzca y sostenga.<sup>24</sup>

Del cúmulo de señales conceptuales sobre el cómo y el qué leer surgía, finalmente, el "plan de lecturas", las indicaciones específicas de materias, autores y títulos en filosofía, historia, literatura y religión que, *grosso modo*, debían conducir el hábito y preferencias lectoras de un cristiano responsable.

En filosofía y religión, no se trataba de tomar, como hacían "las señoritas de París", las obras de Bergson, pensador volátil y de moda, al igual que Nietzsche, Emerson, o Spencer. Estos, si bien podían ser "pensadores", no cultivaban la "filosofía verdadera" o "única" de Platón y Aristóteles, depurada y completada por el Cristianismo, principalmente por el "genio sin igual de San Agustín y Santo Tomás". De querer conocerse a filósofos actuales, ahí estaban los trabajos del Cardenal Mercier (primado de Bélgica), o los estudios de Alberto Farges. De gran provecho resultarían también los escritos "incomparables de nuestros grandes pensadores católicos, que enseñan mejor que nadie a pensar bien: Balmes, Donoso Cortés; el Conde de Maistre, Louis Veulliot, Brunetière".

<sup>24</sup> "La lectura, el método", *El Primer Viernes*, año XVI, Santiago, agosto 1926, pp. 185-187

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Por su parte, para conocer como se refutaba la teoría de la evolución, principal batería de argumentos en contra del Cristianismo, se podía leer a Quatrefages; las obras de Lapparent, del Dr. Grasset, de Farges, los libros de la Biblioteca Ciencia y Religión, de la Federación de Obras Católicas; de Eymieu, o los libros del Pbro. Alejandro Vicuña.

En historia, siendo la Revolución Francesa el acontecimiento decisivo de la modernidad, muy recomendados los textos de Gustave Lenôtre, de H. Taine, Alberto Sorel y Alberto Vandal. Sobre el conflicto bélico europeo (Primera Guerra Mundial), oportunas eran las obras de Gabriel Hanotaux; Henri Bordeaux y René Bazin

En literatura, en vez de "novelitas y cuentos infantiles", mucho más pertinentes resultan las Monografías de Ozanam (*La civilización en el siglo V*); *La Chevalerie*, de León Gautier, y las obras de Godefroi Kurth y Monseñor Baunard. Muy útiles y amenas resultarían también las Biografías *Vida de Santa Isabel de Hungría*, del Conde de Montalembert; *Santa Cecilia y la Sociedad romana*, de Guéranger; *San Ambrosio*, de Mons. Baunard; *San Agustín*, de Louis Bertrand, amén de los escritos de Joergensen y de Reynès Monlaur. Para Sudamérica, un recurso "notable" era la biografía del gran estadista y cristiano García Moreno, del P. Berthé. En Chile, las monografías más sobresalientes pertenecían Crecente Errázuriz; Carlos Walker Martínez y Pedro Nolasco Cruz<sup>25</sup>

Un semestre más tarde, con ocasión de las vacaciones del período estival, una nueva propuesta de lecturas se hizo presente en *El primer Viernes*, esta vez, como los libros idóneos para las vacaciones de la juventud.

Los que se encuentran todavía en la edad feliz en que ignoran la vida, hacen muy bien, para no turbar ni empañar la hermosa claridad de sus ojos y de su alma, contentarse con la novela blanca o rosa, novelas de aventuras bonitas, maravillosas, dramáticas que cautivan la imaginación del joven lector sin agitar su corazón<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> En historia y crítica literaria, se sugerían las obras de Ruíz Salcedo, P. Blanco García, Menéndez y Pelayo, Juan Valera, y Valbuena. Para Chile, Emilio Vaisse, Pedro Nolasco Cruz y Eliodoro Astorquiza Para conocer la literatura francesa, los mejores guías resultaban ser René Doumic, Emile Faguet, Petir de Julleville; para literatura inglesa: Augustín Filon. "La lectura y la cultura", en *El primer viernes*, Santiago, 5 julio 1918, pp. 399-412

<sup>26</sup> "Lecturas de vacaciones. La novela moderna", en *El primer viernes*, Santiago, 3 enero 1919, p.8

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Los modelos de esta clase de lecturas eran Julio Verne, Paul Fival, Raúl de Navery, la Condesa de Ségur "la abuela de todos los niños del mundo"; Fenimore Cooper (autora de *El último de los mohicanos*). Para estos lectores, en opinión del artículo, "se han formado buenas bibliotecas de novelas como la *Biblioteca rosa*, de la Casa Hachette; la *Biblioteca del Hogar* y la *Biblioteca de mi hija*, de la casa Gautier, y la colección *Bijou*, de la Buena Prensa de Paris.

Para niñas, en el período "tan delicado" que mediaba entre la salida del colegio y los veinte años, podían leer obras especialmente apropiadas para ellas, "por haber salido de preciosas plumas femeninas", como eran las de Raynés Monlaur, Julia Lavergne, Madame Craven, M. Le Beaumont, Roger Dombre (Madame Sisson), Mario Donal (María Chambon), Madame Delly, Jean de la Brète (Alicia Cherbonnel), Eugenia de Guéron, Marie Jenna (Cecilia Renard), Condesa Saint Martial y Lucía Félix Faure Goyau.

Ahora, si además de la entretención, los "jóvenes cultos querían adentrarse en el conocimiento de letras de mayor vuelo narrativo", podían revisar cualquier volumen de René Bazin, Alfonso Daudet, Paul Bourget o Henry Bordeaux. Desaconsejables para sus espíritus, eran las obras de Pierre Loti ("de moral siempre dudosa, su creación no pasa de lo descriptivo, un paisajista, un exótico sentimental y, a menudo, sensual"), de Anatole France, "gran ídolo setentón del mundo radical y ateo (...) nadie puede negar que hoy día es el primer farsante y cínico de las letras del mundo entero"), de los Dumas y de la "libertina" G. Sand. En cambio, "señeras e ilustres" resultaba la prosa de los españoles Pereda, Coloma, Ricardo León, Fernán Caballero, Navarro Villoslada y el P. Antonio Alarcón. De los ingleses, los novelistas R. H. Benson, Walter Scott y Ch. Dickens, "sin duda, el estado mayor de la novela inglesa moderna".

## 5. La Censura

El método de la higiene mental, antes, durante y después de la retórica disuasiva que acabamos de describir, disponía de un rasero categórico contemplado en los manuales directrices de la buena lectura los que, de un modo u otro, se ofrecían como complemento y actualización operativa y circunstanciada de las determinaciones generales contenidas en el *Índice* de libros prohibidos por el Dicasterio Vaticano. Nos referimos a las recomendaciones bibliográficas que, en el medio local,

podían provenir de la Asociación de la Buena Prensa, de La Liga de las Damas Chilenas y de diversas otras locuciones públicas que se alzaban en pro de la moralidad de los impresos y la lectura. No menos significativos, aunque de una efectividad social nula, también se contaba con los vademécum de Pablo Ladrón de Guevara – sin duda, el más difundido-, del Abate Bethlehem o de M. Duval (*Le livre qui s'impose, El libro que se necesita*).

Constantemente denostados y hasta ridiculizados por la prensa no confesional<sup>27</sup>, la taxonomía lectoral católica insistiría en parapetarse en la misión –autoasignada, por cierto- que sostenía como la única posible para el momento: la de corregir el tráfago de perdiciones y naufragios en que había caído la sociedad moderna como resultado de una muy mal entendida libertad.

Si realmente el cristiano era sincero en sus convicciones –cosa cada vez más inusual, según la propia vocería católica- y se comprometía, a partir de él mismo, a que ellas modelaran la senda de su vida y de los demás, no sólo debía respetar la censura eclesiástica a determinados libros y autores, sino también, se esperaba que pujara para que del beneficio que de ello surgiría, aprovecharan todos los hombres. Y si llegado el caso se le interrogaba –como solía ocurrir- por qué la religión pretendía prohibir lo que a todas luces era beneficioso y hasta placentero a nuestra alma e intelecto –la libertad de leer y la libre formación del juicio-, éste no debía dudar en contestar: “la moral cristiana pone en cuestión aquello por el propio bien del individuo y su salvación; y en mérito de tal celo, únicamente canaliza sus apetencias según su edad, estado y sexo”<sup>28</sup>.

Teniendo por norte una publicidad de masas cuyos contenidos fuesen, de un lado, la pureza doctrinaria –contemplada, por sobre todo, en la locución vaticana del Verbo y su réplica en los mensajes de la Jerarquía diocesana y regular- y, de otro, la estricta sujeción de los comportamientos individuales a los preceptos de un cierto modo único del vivir cristiano, el ideal de la buena prensa hubo de propiciar, consigo misma y con los productos ajenos, una constante labor de vigilancia y revisión de todo tipo de impresos<sup>29</sup>. Para ello, buscó poner en práctica advertencias y procedimientos

---

<sup>27</sup> Casi todas las revistas católicas presentan defensas y polémicas respecto de la censura católica. De modo sobresaliente, fue en la prensa de la Liga de las Damas Chilenas donde con mayor ahínco se discutieron estos temas, máxime cuando, aparte del área bibliográfica, el teatro, las zarzuelas, el *variété* y el cine, fueron objeto de su ojo escrutador, propiciando diversas campañas de denuncia y boicot frente a lo que consideraban espectáculos indecentes y atentatorios contra la moralidad pública.

<sup>28</sup> “Nuestro deber”, *El Mensajero del Rosario*, 14, Santiago septiembre 1919, p. 302

<sup>29</sup> Aquí nos remitimos sólo a los productos editoriales, aunque no podemos dejar de indicar que esta actitud represiva rayana en lo represivo, también se hizo presente con el conjunto de las manifestaciones del arte, la creación y la recreación, como

represivos que, al margen de su baja sistematicidad, difícilmente producirían los resultados que tal vez se esperaban: más allá de la retórica de disuasión –siempre abultada en consejos y la mención de males-, su propia reiteración, no hace sino considerar una efectividad ínfima. Describamos el punto.

En sintonía con lo contemplado por los dicasterios romanos, la buena prensa debía orientarse –y orientar a sus lectores- teniendo a la vista las señales provenientes del magisterio superior, particularmente del estampado en las versiones del *Index* de escritos y autores prohibidos. Sin embargo, este mecanismo, siendo el más autorizado, no resultaba práctico ni oportuno. A las dificultades de traducción y selección de obras pertinentes al medio, se unía la presencia de numerosos autores desconocidos para Europa, de manera que no todos los censurados por Roma tenían alguna gravitación en el país. En este sentido, el *Index* podía servir sólo para aquellos nombres o ediciones de mayor renombre.

De acuerdo al *Index* o Índice de libros prohibidos (y sus normas generales que antecedían a los listados), se atenían a penas de excomunión reservada al Papa, o a caer en pecado mortal, los textos, autores, editores, impresores, vendedores, lectores y retenedores de obras que, de manera abierta o encubierta, ofendieran a la Iglesia por vía de la herejía o la defensa cismática, suscitaran el socavamiento de los fundamentos de la religión, alentaran la difusión de mofas o enseñanzas de “cosas obscenas”, favorecieran sortilegios y supersticiones, condescendieran con el divorcio, el suicidio o el duelo, los que trataran de logias masónicas y de otras organizaciones que atentaran contra la sociedad civil y las buenas costumbres. En lo relativo a las publicaciones religiosas, quedaban sujetas a reprobación todas las que no tuvieran la debida autorización eclesiástica. Finalmente, incluso los que dispusieran de autorización apostólica o diocesana para tener y leer obras prohibidas, debían, en lo posible, evitarlas o limitarse a lo estrictamente necesario<sup>30</sup>.

Además de las prescripciones generales que pudieran realizar los más leídos e ilustrados entre los religiosos locales, la tarea tuvo que contar con el auxilio de diversos “entendidos”, no pocos de

---

eran, la dramaturgia, la poesía, el teatro, el baile y el cine. A este respecto, Glaneur D’Epis (seudónimo), *El Baile*, Lecturas Sociales, 25, mayo-junio, Apostolado de la Prensa, Santiago, 1925; Glaneur D’Epis, *El Teatro y otros espectáculos*, Lecturas Religioso-sociales, 65, Apostolado de la Prensa, Santiago, 1932; Gabriel de la Paz (seudónimo), *Por la moral en literatura y artes*, Biblioteca Moral del A.P., Santiago, 1934.

<sup>30</sup> La primera edición del Índice es de 1559, y la última, de 1948. En 1965, el Vaticano anunció que no volvería a publicarse. El Dicasterio respectivo anunció que el mismo conservaría su vigor moral pero dejaba de tener valor de ley eclesiástica al ser abrogados los cánones 1399 y 2318. Francisco J. Urban, “La calificación moral de las novelas”, *CAUCE*, 2, Madrid, 1998, pp. 1-18

ellos laicos, que debían actuar de consuno con la autoridad respectiva, debiendo estas últimas confiar – a veces sin mucha convicción- en lo que se le aconsejara. El asunto adquiriría mayor perplejidad al tratarse de párrocos o dirigentes de obras laicales, donde el entusiasmo editorial de alguna revista u hoja de difusión, podía llevarlos a no advertir errores, o no realizar, como se espera, condenas más taxativas<sup>31</sup>. En general, los eclesiásticos tampoco podían llegar o conocer la variada gama de impresos que circularan o se produjeran en el país, muchos de ellos sin autor o sin mención de imprenta.

Entre las medidas de vigilancia y de “policía intelectual” que, según el salesiano Gentilini, había que ejecutar, estuvieron las regulares visitas a la Biblioteca Nacional, para saber de novedades editoriales, tipo de público consultante y obras solicitadas. Esto le ofrecía a la Arquidiócesis disponer de cifras y tendencias que luego podían ser usadas para ilustrar artículos de prensa o fundamentar campañas a favor o en contra de determinados autores y lecturas, o bien justificarían reclamos ante la autoridad civil sobre el uso de los recursos públicos.

No fue tampoco infrecuente la concurrencia a librerías y otros lugares de expendio –kioscos, tiendas, portales- a fin de constatar la oferta de literatura obscena o subversiva. De estas pesquisas, se deducían luego campañas o llamados al boicot, así como requerimientos de razias para la incautación de las ofensas. Los barrios comerciales de San Diego o Mapocho, estuvieron constantemente entre las zonas más denunciadas, así como establecimientos de educación secundaria y superior (Liceo de Aplicación, Instituto Nacional, Universidad de Chile), sitios donde la acción controladora resultaría prácticamente imposible<sup>32</sup>.

Por su parte, los “buzones de la buena prensa”, si bien pudieron tener una función relevante entre los dispositivos de control –a fin de cuentas, su eventual instalación fue el modo más concreto de poder aminorar la circulación de las malas lecturas- las fuentes no señalan nada acerca de su número ni atención. Es cierto que se publicita la actuación que en este sentido se propusieron cumplir grupos de

<sup>31</sup> Por su parte, en el plano de las bibliotecas personales o de familia, así como en las suscripciones a periódicos y revistas que realizaran los particulares, las posibilidades efectivas de depuración resultaban escasas. En pureza magisterial, este era un punto especialmente crítico, pues era sancionable no sólo la lectura de libros prohibidos, sino la mera retención pública o privada de ellos, aunque no se consultaran.

<sup>32</sup> Organizaciones obreras, templos protestantes, salones masónicos o clubes sociales y políticos, no aparecen mencionados como lugares acusados, lo cual nos lleva a estimar que la preocupación eclesiástica se centró más en la circulación y los canales de difusión de los impresos, que en las instancias de creación y producción.

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

creyentes en diversas parroquias de la capital, por lo común de aquellas que nucleaban a los habitantes más acomodados de la ciudad, sin embargo, no se registran informaciones en torno a los posibles acopios y su carácter. Cuando más se alude a ciertas recolecciones o entregas de impresos por parte de particulares, correspondientes a libros o periódicos "sanos" y cuyo destino, en consecuencia, era la redistribución de los mismos entre nuevos lectores. En cambio, con relación a la recepción de los "malos" o "inmorales", si los hubo, no hay antecedentes. Debemos, eso sí, ser cautos con estas omisiones. No entregar detalles sobre estos últimos, pudo haber estado originado en la conveniencia de no dar flanco a acusaciones de oscurantismo e intolerancia, tan en boga en la época en contra de la Iglesia. Además, como el fin no oculto en la captación de escritos inmorales era su destrucción por el fuego, se hacía indispensable, muy probablemente, mantener la reserva sobre este proceder.

Ahora bien, siendo en el plano discursivo más que en el concreto, el modo predominante de controlar la lectura, el *Boletín de la Sociedad de la Buena Prensa*, durante la década de su vigencia, dio a conocer las sanciones bibliográficas contenidas en dos obras dirigidas *ex profeso*, a dilucidar la materia. Nos referimos a la del Abad de la Catedral de Cambray, el francés Louis Bethleem, y a la del jesuita colombiano Pablo Ladrón de Guevara. Previo a reseñarlas, consignemos de paso un aspecto que es elocuente respecto del temor con que la Iglesia enfrentó el espíritu moderno: ambas se remiten, primordialmente, a uno de los géneros literarios menos aprehensible –material y creativamente- al orden sacerdotal: la narrativa o novela, el mismo que, en sus variadas manifestaciones, resultaba el más popular entre el consumo masivo de lecturas. En sus resoluciones, el Concilio de Obispos de América Latina (1899), había expuesto que "entre todos los libros malos, son más peligrosos las novelas, las cuales enervan e impiden el vigor de la virtud cristiana bajo la aparente y curiosa forma de una mentida erudición y de fingidas narraciones".

En ellas –se sostenía en una publicación mensual de varias décadas más tarde- se da vida y se personifica a todo. Los errores más absurdos se colocan en tales cabezas (de los autores)...que a los lectores temerarios les viene a parecer las más grandes verdades. De las pasiones y los vicios no hay que hablar: los más repugnantes se pintan en personas tan amables, tan heroicas, que la mayor parte los va tomando poco a poco por virtudes, va pensando, queriendo y amando, como aquellos héroes tan amables y encantadores<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> "La Doctrina Católica sobre el demonio", en *El Apóstol Milagroso*, Santiago, año IV, 39, 10 de octubre 1934, p.3

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

El libro de Bethlehem, publicado en 1904<sup>34</sup>, indica en su prólogo querer responder a dos demandas que lo justificarían: primero, las continuas solicitudes de jefes de familia responsables que, preocupados por la correcta formación moral de sus hijos, reclaman de la Iglesia un veredicto claro y directo acerca de los libros y autores que convendría o no admitir en sus hogares; y en segundo lugar, proporcionar a las autoridades públicas encargadas de velar por la paz social, antecedentes que contribuyan a tomar decisiones en cuanto a permitir o rechazar la propagación de determinadas lecturas.

El autor es cauto en decir que la tarea puede resultar ingrata e impopular. También el hecho de que ella no pretende ser definitiva ni que tenga validez permanente, pues son muchísimas las obras que de continuo afloran, de manera que existe el riesgo de cometer yerros y hasta injusticias. No obstante, el deber de alertar sobre los descuidos y la "estrafalaria concepción de libertad que impera", lo han llevado a emprender la construcción de este Catálogo, y a ofrecerlo al público, en nombre de la rectitud, las buenas costumbres y la moral pública, únicas alternativas para hacer frente a la debacle y a los males que, en su opinión, acechaban al hombre moderno. Éste se ha alzado proclamando la autonomía de todos los campos del saber y del actuar, y ha hecho del campo de la escritura, entre otros, un ámbito que, supuestamente, se gobernaría por sí mismo, repudiando toda autoridad. Frente a ello, Bethlehem señala que eso es un error conceptual con enormes daños prácticos pues en la medida que los literatos realizan su obra a base de la sociedad y la destinan a ella, estarían obligados a atender las normas primordiales de su orden y pervivencia, y que no serían otras que las de la moralidad y su fin trascendente. Si ellos quieren "perdersé" en sus fantasías, allá ellos, pero en este caso deberían de abstenerse de recurrir al resto de las personas que sí buscan su salvación. El problema para el Abad no era tanto que se produjera y publicaran libros impíos, sino que ellos fuesen puestos en libre circulación, estorbando la sana disposición moral de las personas. De este modo, su obra no estaba dirigida a los hombres de letras, sino "a las conciencias cristinas" que luego de percatarse de las trampas que se les tendían, no podía sino quitar de su vista las lecturas perjudiciales.

---

<sup>34</sup> Louis Bethlehem, *Romans à Lire et Romans à proscrire, avec notes et indications pratiques*, Osacar Masson et Oscar Schepens&Co, Cambrai et Bruxelles, 1906. La edición consultada, de 1906, correspondió a la décimo tercera reimpresión del libro, dato bastante elocuente de la popularidad del mismo, considerando que sólo un par de años antes había tenido su primera aparición.

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Su llamado era a la prudencia. No podía evitar que las personas leyeran, pero sí advertirlas para evitar tanta perversión y daño moral. De esta manera, el libro de Bethlehem es un vademécum, un manual de consultas donde podían hallarse prescritos los males y sus antídotos, así como mejores bálsamos para el espíritu.

Tipifica la literatura consultada en novelas "malas", "intermedias" y "buenas". Las primeras, sujetas a la sanción canónica del *Index*, eran enteramente repudiables y no cabía sino su proscripción. Las intermedias, conteniendo tesis de error secundario, podían ser consultadas bajo supervisión y de acuerdo al sexo y edad de las personas; en tanto que las buenas, por su beneficio permanente, requerían ser siempre leídas y releídas de acuerdo a un plan de lectura recomendable para niños, niñas, jóvenes y adultos.

Tarea similar es la que realizó, algunos años después, Ladrón de Guevara, en su *Novelistas Malos y Buenos*<sup>35</sup>. Su editor aclara que la obra rebasa con creces a otra –aludiendo a la de Bethlehem- en cantidad de autores (más de 2.000 de la de ahora contra poco más de 900 de la anterior), en la amplitud geográfica de procedencia de ellos y en la calidad de los juicios vertidos en torno a los registros, de modo que se estaría frente a un trabajo "superior".

En lo que toca a la finalidad del volumen, su autor expresa que se ha

propuesto ayudar a nuestros compañeros en el ministerio de dirigir a los fieles, ahorrándoles mucho trabajo y el tiempo, que les es tan necesario para cumplir con tantas y tan sagradas obligaciones. Hemos pretendido llamar la atención, poner en guardia a lo menos, para que no sigamos proclamando buenas, a carga cerrada, tantas novelas que están muy lejos de serlo y que no han sido juzgadas sino por anuncios laudatorios de editores y libreros interesados o por críticos en cuya balanza de precisión, pesa mucho una cacofonía y nada una blasfemia (...) no vamos a parar a otra cosa que (sea) la mayor gloria de Dios y a la salvación de las almas<sup>36</sup>

<sup>35</sup> Pablo Ladrón de Guevara, s.j., *Novelistas Malos y Buenos*, Editorial Vizcaína, Bilbao, 1910 "Júzganse –dice la bajada de título- más de 2115 novelistas, 313 españoles, 100 Hispanoamericanos, 25 Portugueses, 66 Italianos, 1220 franceses, 150 Ingleses, 98 Alemanes, 170 Rusos, Belgas, Escandinavos, etc. La novelas juzgadas son sin número"

Respecto del procedimiento que empleó para reunir y juzgar sobre una masa tan enorme de relatos y la variedad de idiomas en que fueron escritos, Ladrón de Guevara expone haber recibido consejos de innumerables personas, además de haber consultado distintos y extensos trabajos. Esta explicación también le sirve para atenuar o eliminar toda sombra de sospecha que pudiera recaerle al tener que haber leído, con evidente peligro de ánimo concupiscente, tantos "libros malos".

<sup>36</sup> *Ibidem*, p.4

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Premunido de tales propósitos, sostiene que juzgará y sentenciará las novelas "con arreglo al código de la ley de Dios", siendo para él "malas, todas aquellas en que la moral o las ideas ahí contenidas, lo sean"<sup>37</sup>. Y si alguien, después de conocer los dichos del autor, preguntara ¿qué nos queda por leer?, no podía sino contestarle que eso no era asunto suyo: "diremos –concluía- que no nos toca a nosotros responder a esta pregunta; que se vaya con ella a esos novelistas inmorales e impíos, que son los que tienen la culpa de que no podamos leer sus libros. Nosotros no tenemos que ver con que haya pocos o muchos libros legibles"

De la relación de autores –más de 2.000, recordemos- nadie salva ileso, y aún en los que obtienen calificación positiva -los menos- no deja de advertir alguna recomendación aunque fuera de forma.<sup>38</sup>

Las "Calificaciones" aplicadas por Ladrón de Guevara no siempre distinguen bien entre el producto literario y su autor, tornándose a veces confuso si sus fallos remiten a la novelas o al escritor, o si se endilgan a ambos. Al traer a colación las adjetivaciones, como hacemos enseguida, podrá aclararse las causas de esta dificultad, así como el artificio de su nomenclatura. De nuestra parte, para evitar reinterpretaciones, los calificativos que copiamos directamente de la fuente consultada, harán alusión sólo a las obras y no a sus autores.

*Herética*, era la que se oponía a los dogmas revelados;

*Irreligiosa*, la que negaba o trataba con desprecio la Religión, sus cosas o personas;

*Impía*, la que trata con odio y mucho desacato las cosas y ministros de la Religión, a la misma Religión, al mismo Dios;

*Blasfema*, es la que profiere maldiciones, insultos, contumelias contra Dios;

*Clerófoba o anticlerical*, las que tienen la manía de inventar escándalos y descréditos del estado sacerdotal o religioso;

*Mala*, es toda aquella que se opone a lo bueno, con muchas malicias;

*Deletérea o malsana*, las que no pecan gravemente pero que contienen elementos o una atmósfera más o menos viciados;

<sup>37</sup> Conforme a este criterio -agregaba- a nadie que falte, debemos perdonar, ni perdonamos en nuestros juicios: a este llamamos gravemente deshonesto, al otro levemente provocativo, al que es impío, impío, y al que es blasfemo, blasfemos. Nadie lleve a mal que notemos, y tal vez de manchas graves, a novelistas que otros han alabado sin reserva, pues cuando esto hacemos ponemos las manchas delante de los ojos de todos, de modo que sólo hombres apasionados y prevenidos las pueden negar".

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp.5-11

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

*Dañosa*, las que afectan a las ideas y las costumbres de un modo no tan alto como las impías pero más que la deletérea;

*Peligrosa*, en especial cuando ponen riego la castidad;

*Inmoral*, aunque de ordinario se aplica en orden a la castidad, se aplica también para otras virtudes. Son sinónimos de *Inmoral*: *obscena*, *deshonesta*, *lasciva*, *lujuriosa*, *libre*; *Provocativa*, es la excitación de las pasiones que lleva a la deshonestidad;

*Voluptuosa*, estado previo a la deshonestidad; *Sensual*, es también menos que deshonesto, es lo que no tiene elevación y que alaga la parte inferior, predisponiendo a la parte racional a su caída;

*Apasionadas*, novelas que no sólo son amorosas, sino que en ellas se pintan los amores de modo vivo, algo peligroso especialmente para la juventud: peligrosa para jóvenes o solteros; *Imprudente o temeraria*, libros que, siendo buenos, caen en descripciones innecesarias; *Buenas*, las novelas que contribuyen a fomentar y conservar la fe y las buenas costumbres según la moral católica. Entre las *buenas* las hay *buenas a secas*, las mejores; otras *buenas medianas*, que tienden a claudicar en sus valores; *buenas tolerables*, novelas que no llegando a ser malas, contienen algunas manchas inexcusables; *buenas inofensivas*, que no aportan nada al fomento de las buenas costumbres, pero tampoco son negativas.

De Edmundo de Amicis, declara: "Aquí y allá, en medio de cosas inofensivas y a veces hasta buenas, tiene malas ideas y no pocas picardías y pasajes libres (...) Respecto de *Corazón*, diario de un niño, señala:

Es chocante que padres católicos den en premio a sus hijos este libro. Lo que hay de moral no es de esa elevada y católicamente práctica capaz de educar a un niño; pero aunque lo fuera, quedaría destruida por los capítulos de loor incondicional a hombres tan malvados y enemigos de la Iglesia como Mazzini, Cavour y Garibaldi (...) finalmente, hay un párrafo en que aparece santificado el suicidio de algunas madres"<sup>39</sup>

Sobre Gabriel D'Annunzio, que es "peor entre los peores, sus impiedades y deshonestidades llegan al colmo. De lo más repugnante, brutal, impúdico, de costumbres y aventuras escandalosas"<sup>40</sup>

A Honoré de Balzac, lo encuentra "Muy deshonesto y en alto grado pernicioso por sus máximas y principios y por los sentimientos que despierta. La comedia humana, es un monumento de todos los

<sup>39</sup> *Ibidem*, p.38

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 40

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

vicios"<sup>41</sup>. En cuanto a Víctor Hugo, "en su prosa y verso abundan las blasfemias, las calumnias contra la Iglesia, contra el Papa, Obispos y el clero. Con frecuencia habla de un modo que parece un loco, o más bien poseído del demonio. Muy inmoral y fatalista"<sup>42</sup>.

A Pedro Loti, lo considera "impío, incrédulo, inmoral"; De Guy de Moupasant, que es "discípulo del tan deshonesto Flaubert, se distingue por una falta completa de sentido moral, sensual, licencioso y con frecuencia, bestial"<sup>43</sup>. En cuanto a Herman Melville, que es un "pseudofilósofo, escéptico al parecer, malsano, llorón, áspero (...) cuando deja de ser ampuloso y pretensioso, puede pasar"<sup>44</sup>.

De Emilio Zola, que "Murió de muerte desastrada después de haber escrito libros tan escandalosos por su impiedad y asquerosa lujuria, que acabó por causar náuseas a sus mismos amigos. Con tal infame comercio se hizo muy rico"<sup>45</sup>. A Emilio Salgari, lo estima menos inofensivo e interesante que Julio Verne, pero sin mucho mérito literario<sup>46</sup>.

Finalmente, respecto de J W Goethe, indica que tiene "muy malas ideas. Su religión es una mezcla de paganismo, falsa filosofía y cristianismo; sus enseñanzas, inmorales"<sup>47</sup>.

De los autores chilenos, el único mencionado es Alberto Blest Gana. Aparte de que "no es bueno", anota que es "ardiente defensor de las ideas modernas"<sup>48</sup>.

Tras el desbroce, la expedición de Ladrón de Guevara acude al jesuita Vilariño Ugarte, a fin de rematar con los "tesoros que se pierden con la lectura de novelas", resumen de advertencia final destinado a desalentar cualquier intento por "dejarse tentar" por tan "vacuos escritos"<sup>49</sup>.

## Conclusiones

<sup>41</sup> Ibídem, p. 56

<sup>42</sup> Ibídem, p. 24

<sup>43</sup> Ibídem, p. 286

<sup>44</sup> Ibídem, p. 282

<sup>45</sup> Ibídem, p. 470

<sup>46</sup> Ibídem, p. 390

<sup>47</sup> Ibídem, p. 199

<sup>48</sup> Ibídem, p. 80

<sup>49</sup> Los "tesoros" eran: se pierde tiempo y dinero; se pierde la laboriosidad; se pierde la pureza; se pierde la rectitud de conciencia; se pierde el corazón; pérdida del sentido común de esta vida; se pierde la paz; la piedad naufraga por completo en la lectura de las novelas. Tomadas de Remigio Vilariño Ugarte, s.j., *Curiosidades preguntadas por los lectores de El Mensajero del Corazón de Jesús*, Tomo III, Imprenta del Mensajero, Bilbao, 1905

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

Como buena parte de las políticas u orientaciones de alcance universal provistas por un centro rector, su aplicación en el terreno específico de la comunidad de creyentes a la que se busca disuadir, siempre contará con particularidades que harán más o menos acertada su puesta en acción, suscitándose no pocas confusiones, debilidades o exageraciones.

Una verificación explícita de los resultados –medidos a la luz de los preceptos más coherentes de las definiciones vaticanas de la Buena Prensa- obtenidos en Chile, nos obligaría a una ardua labor de evaluación que, esperamos, en algún momento emprender. Obviamente, poder contrastar esta experiencia con las habidas en otros puntos de América Latina, por ejemplo, daría un realce más significativo a esta labor historiográfica.

En este y demás artículos redactados, lo que hemos hecho es, cuando más, apenas si instalar algunas balizas que guíen la comprensión del tema de la estrategia comunicacional de la Buena Prensa en Chile. No creemos haber dado con una versión completa ni menos totalmente verídica. Nuevas visiones y aportes documentales podrán mejorar y corregir lo aquí señalado. No obstante, estimamos plausible proponer algunos puntos que suponemos de claro valor heurístico para esta materia.

Así, la estrategia de la Buena Prensa importó para la Iglesia chilena (y mundial) una de las primeras medidas de incidencia en un contexto social ya definitivamente transformado por las fuerzas del capital y el liberalismo. Ello, si bien podía aceptarse por su contenido de continuidad oligárquica en los asuntos del poder político, implicaba, a la vez, riesgos manifiestos para la estabilidad y preservación de la fe. La libertad de la individualidad y su reconocimiento como dato principal en el orden de la ingente cultura burguesa, implicaba para los sectores conservadores problemas que, tarde o temprano, invariablemente llevarían a entidades como la Iglesia Católica a tener que reubicarse y adaptarse a circunstancias de menor influencia social. El asunto se volvía aún más acuciante si se miraba más allá de los voceros liberales: la realidad en numerosas situaciones contradecía las promesas de la libertad, y un mundo de explotados y postergados clamaba por cambios que harían todavía más insostenible la vigencia de la fe institucionalizada y sus administradores.

Pero antes que los asuntos de gobierno, fueron los de la disposición y conducta de los individuos corrientes lo que más alarmó a la jerarquía y elites conservadoras: no existiendo un cambio sustancial en la naturaleza restrictiva del poder, los discursos y expresiones de la individualidad

Manuel Loyola

"Por la higiene del alma. La Pastoral de la lectura en la Iglesia Católica chilena a comienzos del siglo XX "

esparcidos por el librepensamiento, la creación y, aún, el consumo de nuevas formas de entretenimiento y ocupación del tiempo libre, asomaban como avisos de ánimos y prácticas que, "desbocadas", bien podían traer la duda y hacer perder de vista lo fundamental de la existencia: la salvación.

De ahí que, con el paso de la entretenimiento puramente hogareña a la de provisión empresarial de masas, las fuerzas del catolicismo impulsaron no sólo modelos "sanos y morales" de lectura, cine, teatro, literatura, bailes o competencias deportivas, sino también, ajustaron a la propia cotidianidad de las potenciales "víctimas" (mujeres, obreros, niñez y juventud) sus llamados de atención, de cuidado y rechazo de todo cuanto, a su parecer, resultara un peligro para la sanidad de las almas y la estabilidad de los caracteres.

No podemos señalar que todo ello haya sido en vano. La adhesión cada vez más amplia de la población a modelos, gustos y consumos proporcionados por la moderna industria del *mainstream*, podrían llevarnos a suponer el completo fracaso de los intentos del catolicismo jerárquico por neutralizar los afanes de diversión, dinero y olvido del mensaje salvífico muchas veces implicados en tales performances. Sin embargo, ello no ha sido óbice para que el grueso de nuestras sociedades (latinoamericanas) siga manteniendo –por sobre el deterioro de las estructuras eclesiales- un poderoso vínculo de adhesión con su fe y las instituciones que la animan. ¿Qué podemos deducir de esto? ¿La persistencia de estructuras mentales de muy largo plazo? ¿La actuación del conservadurismo por vías más bien indirectas y sedimentales?